

# Revista de la CEPAL

*Secretario Ejecutivo*  
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de  
Desarrollo Económico y Social*  
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de  
Cooperación y Servicios de Apoyo*  
Robert T. Brown

*Secretario Técnico*  
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS  
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE  
SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

**SUMARIO**

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

## Juventud popular y anomia

*Javier Martínez*  
*Eduardo Valenzuela\**

Los autores se proponen la difícil tarea de presentar algunos conceptos que permitan comprender la amplia variedad de formas típicas de comportamiento juvenil en América Latina durante las últimas décadas. En una primera aproximación señalan la existencia de dos momentos históricos caracterizados por el predominio de distintos modelos de sociedad —modernización global y crecimiento tecnocrático— dentro de los cuales se manifiestan tipos diferentes de conducta juvenil.

En el primero, los comportamientos más destacables se manifiestan cuando el proyecto de modernización global entra en crisis y ante ello surgen reacciones contrapuestas como el retraimiento crónico y la radicalización política. En el segundo, los ejes centrales que separan las orientaciones de los jóvenes son la percepción de que están incluidos o excluidos de los beneficios del crecimiento y el hecho de que este último atravesase un período de expansión o crisis.

Sobre la base de ambos ejes los autores construyen su tipología principal que abarca comportamientos que van desde la movilidad individual hasta la movilización colectiva, pasando por diversas formas de desajuste y rechazo sociales. Como sustrato teórico de su tipología destacan algunos conceptos centrales como integración, anomia y alternatividad, que los autores desarrollan en la parte medular de su artículo.

\*Consultores de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

## I

### La idea de la “modernización global”

Las abundantes publicaciones sociológicas sobre la juventud en América Latina durante las décadas pasadas centraron su análisis en dos términos que permitían describir sus actitudes, percepciones, valores y conductas: rebeldía y conformismo. Si por una parte tales términos del problema fueron sugeridos por la resonancia que alcanzaron los movimientos estudiantiles de los años sesenta, no es menos cierto que ellos reflejaban también un creciente consenso en la región en torno al proyecto de “modernización social” desde los años de la segunda postguerra, y una percepción del cambio social como una transición desde una sociedad tradicional hacia una sociedad moderna. Desde la postguerra hasta fines de los años sesenta, el consenso respecto del tema del desarrollo contribuyó a definir en torno al eje “tradicionalismo-modernismo” la mayor parte de los conflictos culturales de las sociedades latinoamericanas. La “rebeldía” o el “conformismo” juvenil aparecían con referencia a la sociedad tradicional, sus estructuras oligárquicas de decisión, sus normas y valores estrechos, su escaso dinamismo y su extrama desigualdad.

Frente a esa imagen de la sociedad tradicional, el proyecto modernizador aparecía como un intento de avanzar *simultáneamente* en las dimensiones del crecimiento económico, la mayor equidad en la distribución de los frutos de éste y la participación e integración de los sectores sociales hasta entonces marginados de la vida colectiva (el campesinado y los grupos marginales urbanos). Tal avance simultáneo en estas tres direcciones aparecía, por otra parte, requerido y facilitado por los procesos de secularización —esto es, por la introducción de principios y mecanismos de racionalización formal de la vida colectiva (los que a su vez eran favorecidos por la extensión de la educación, de los medios de comunicación de masas, la ampliación de los mercados internos y la urbanización). La imagen de “círculo virtuoso” del proceso de desarrollo, en la medida que se oponía a la percepción de estancamiento de la sociedad tradicional, ganó terreno

rápidamente, y los valores de la modernidad pasaron a ser orientadores de la acción de gran parte de las élites.

El predominio de este modelo de "modernización global" como orientación cultural de los actores sociales tuvo particular resonancia en la juventud. De una parte, como es obvio, abría un futuro mucho más pleno en posibilidades que el de una sociedad estática. Además, en la medida que la socialización en los valores tradicionales era mucho más profunda y arraigada entre los adultos, la lucha por la modernización adquirió un importante aspecto generacional. De otra parte, los jóvenes eran el sector de la sociedad que más directamente vivía los procesos de cambio: las migraciones de zonas rurales a urbanas, la extensión y transformaciones de la educación, el crecimiento del empleo industrial, fueron, en general, procesos que comprometieron directamente a los jóvenes.

Como se sabe, luego de una primera etapa relativamente exitosa, la idea del desarrollo como realización simultánea de los objetivos de crecimiento, equidad y participación encontró obstáculos significativos. Aunque el desarrollo latinoamericano ha seguido una pauta muy desigual, puede decirse en términos generales que la dinámica del crecimiento económico (y en particular del crecimiento industrial) fue bastante insuficiente en relación a las expectativas que había creado. En muchos casos esto dio paso a un momento de radicalización de la demanda modernizadora, que pasó a identificarse con una deman-

da de cambio revolucionario del orden capitalista. En otros, se tendió a renunciar a la idea de simultaneidad del proceso, y se dio prioridad a algunas de las metas, a costa de la postergación de otras (a menudo se optó por el crecimiento económico, sacrificando los objetivos de equidad y participación).

Este conflicto en torno al curso que debía seguir el proceso de modernización no estuvo ajeno, desde comienzos de los años sesenta, a las tensiones Este-Oeste que se manifestaron en la región como resultado de los acontecimientos cubanos. En consecuencia, la región se vio enfrentada a dos grandes "modelos" globales de transformación: el modelo socialista, que se instauraba por primera vez en el continente, y el modelo liberal de la Alianza para el Progreso (que en muchos casos fue asumido como reacción ante la creciente influencia ideológica del anterior). Las sociedades latinoamericanas se vieron así forzadas a definir sus opciones *dentro* del paradigma modernizador, y aun las élites más tradicionales debieron persuadirse de que debía producirse un cambio estructural significativo. El "consenso" modernizador tenía mucho de aparente, y en los grupos sociales que participaban en él se contenían ya desde antes las demandas que se expresarían luego en el radicalismo o en las orientaciones autoritarias. Por esta razón, para caracterizar las conductas y movimientos juveniles de la época, deben tenerse en cuenta tanto la disyuntiva central entre tradicionalismo y modernidad como el curso posterior del proceso de cambios.

## II

### Conflictos dentro de la "modernidad"

Sólo en la segunda fase del proceso modernizador, cuando el punto de referencia dejó de ser la sociedad tradicional y pasó a ser en cambio el de un desarrollo con dinamismo insuficiente, las orientaciones de acción de los diversos grupos sociales —entre ellos los movimientos juveniles— adquirieron un nuevo carácter. La resistencia a la modernización, que en una primera fase era de

orientación conservadora, pasó a expresarse —ahora *desde dentro* del paradigma de la modernidad— como una demanda de crecimiento económico que sacrificaba las dimensiones de equidad y participación, antes consideradas constitutivas de la idea del desarrollo: esto es, como una orientación autoritaria. La dimensión de retraimiento anómico frente al modelo modernizante,

que se expresaba en una primera fase principalmente a través de las orientaciones sectarias, tendió —especialmente en aquellos países donde el proceso de secularización fue más heterogéneo, y donde amplios sectores quedaron marginados de la participación y de los beneficios del crecimiento— a transformarse en una orientación fundamentalista. Y la orientación propiamente modernizante, que en la primera fase tendió a expresarse homogéneamente en términos de movilidad colectiva y a incluir en su seno las más diversas visiones ideológicas, pasó a una expresión partidista bajo la forma del radicalismo político: aunque esta última continuó siendo en este período la orientación dominante en los movimientos juveniles de la mayor parte de los países de América Latina, no cabe duda que representaba ya una versión de convocatoria más restringida y que volvía a una fuerte ideologización, especialmente entre los movimientos estudiantiles.

Causa y efecto de esta transformación de las orientaciones de acción es que la idea del desarrollo haya dejado de tener —debido a las insuficiencias dinámicas del propio proceso de crecimiento— una significación compartida y unívoca para los distintos sectores sociales. La idea del “círculo virtuoso” del desarrollo socioeconómico tendió a ser sustituida por modelos “tecnocráticos” y “populistas” que suponen la existencia de un conflicto, al menos de corto plazo, entre crecimiento y equidad, lo que obliga a dar prioridad a una de estas dimensiones en perjuicio de la otra.

Aun a riesgo de simplificar en grado extremo la evolución de la región, pueden señalarse algunas de las orientaciones culturales de acción características de los escenarios “populistas” y de los “tecnocráticos” como claves de comprensión de los movimientos juveniles de la última década. (Como es natural, tales claves deben ser reelaboradas en el análisis de cada caso nacional.)

De hecho, tanto en el modelo “populista” como en el “tecnocrático” puede detectarse un amplio conjunto de insatisfacciones de los actores sociales ante el proceso de desarrollo, ya sea por la insuficiencia dinámica de éste o por la notable disparidad en la distribución de sus frutos. Sin embargo, en ninguno de ellos la clave central de comprensión atraviesa ya por el eje “sociedad tradicional-sociedad moderna”, sino más bien por el de “inclusión” o “exclusión” de

los actores en la sociedad moderna. Mientras por una parte los modelos “populistas” tienden a crear en los estratos medios y altos la percepción de retraso en la incorporación a la vida moderna, al comparar su situación con la de sus pares en otras naciones, los modelos “tecnocráticos” —cuyo predominio ha sido característico de la última década en América Latina— tienden a que las capas mayoritarias de la población se perciban como radicalmente excluidas de los beneficios del crecimiento, y vean a la sociedad de la que forman parte como *escindida* en términos dicotómicos.

Ya se ha adelantado que, bajo el predominio de los modelos que privilegian participación y equidad por sobre el objetivo de crecimiento, las orientaciones de acción principales tienden a ser las de autoritarismo o radicalismo político, en tanto que pueden presentarse ciertas orientaciones fundamentalistas entre los sectores sociales marginales menos secularizados. Algo más compleja es la situación en las sociedades en que prevalece el modelo de crecimiento sin participación: resulta indispensable diferenciar, en este caso, entre las pautas de conducta características de los períodos expansivos (cuando los hay) dentro de los marcos de dicho modelo, y las que tienden a imponerse en los períodos de crisis, esto es, aquellos en que a la ausencia de participación y a las formas inequitativas de distribución de los ingresos se suma un lento ritmo de crecimiento económico, o incluso un crecimiento negativo.

En los períodos expansivos, parecen en efecto desenvolverse dos tipos de sociedad en el seno de la misma nación. Por una parte, en el sector *incluido* por el proceso de crecimiento económico que está teniendo lugar, parecen reproducirse los problemas clásicos de integración y desajuste que acompañan a los procesos de modernización. En la medida que las formas colectivas de participación se encuentran fuertemente penalizadas, la orientación de *movilidad individual* pasa a ser la clave del sistema, y es fomentada mediante recompensa. Por otra parte, las situaciones de desajuste normativo se traducen en diversas formas de *retraimiento* pasivo, entre las cuales predominan las conductas de placer compulsivo (alcoholismo, drogas, consumo pornográfico, etc.), que a menudo compensan el bajo nivel de satis-

facción alcanzado por los conductos institucionalizados del sistema.

Junto con todo ello, sin embargo, la naturaleza del crecimiento económico amplía cada vez más el segmento de población *excluido* del normal funcionamiento —institucionalizado o tolerado— del sistema. En la medida que prevalecen las tendencias atomizadoras propias de la racionalización formal de la vida económica, unidas a la penalización de las formas colectivas de participación, en la “cara oscura” de la sociedad tienden a constituirse conductas orientadas hacia las diversas formas del *delito* o hacia la recreación de la *comunidad* basada en valores alternativos, según el grado en que la internalización de las metas de éxito propuestas por el sistema haya sido más o menos exitosa entre los diversos grupos sociales excluidos. En ambos casos, sin embargo, se trata de grupos sociales secularizados que, lejos de la nostalgia de un orden tradicional pretérito, aspiran ya sea a integrarse plenamente a la sociedad moderna o a corregir un rumbo desviado del desarrollo de ésta.

Frente a estos momentos de dispersión, los períodos de crisis del patrón de crecimiento abren paso a conductas colectivas de gran significación. En el segmento incluído de la sociedad moderna se manifiesta ampliamente la *cultura de masas* (contracara colectiva de la integración por movilidad individual), que procura incorporar a los segmentos de la población cuyo desajuste normativo se traduce en una *apatía* cada vez mayor frente a las satisfacciones materiales y simbólicas que provee el sistema. En el amplio sector excluído, por otra parte, el rechazo de los procedimientos institucionalizados se traduce en masivas expresiones de *revuelta* anómica, en tanto que la afirmación de valores alternativos implica la creciente *movilización orgánica* de diversos sectores de la población.

Naturalmente este conjunto de orientaciones de acción puede manifestarse en diversos grados, según las características específicas de la sociedad de que se trate. Allí donde el crecimiento económico ha sido fuertemente dinámico, y se ha visto facilitado por la disponibilidad de fuentes extraordinarias de recursos externos, es probable que las pautas propias de la exclusión sean de escasa relevancia frente a las formas de la movilidad individual y el retraimiento, o que la tensión

entre *apatía* y cultura de masas se presente como un problema normal de legitimación del orden institucional vigente. Las formas de la anomia, de otra parte, pueden ser diversas en grado y calidad —dando lugar, por ejemplo, a diversas formas de “alienación”— si el funcionamiento de un esquema económico excluyente se superpone al de un sistema político que ha implicado prolongada exclusión de amplias masas del proceso de toma de decisiones.

Las tensiones dentro del segmento excluído en los esquemas tecnocráticos, por su parte, pueden también variar mucho según el grado relativo de homogeneidad o heterogeneidad de las estructuras sociales precedentes: mientras el agrupamiento o la movilización en torno a valores alternativos pueden ser pautas predominantes de acción en sociedades relativamente homogéneas, los componentes anómicos de crimen o revuelta pueden ser determinantes en sociedades cuya heterogeneidad estructural, o cuyas fisuras en la cultura cívico-política, eran ya grandes al inicio de los experimentos tecnocráticos.

Cabe destacar especialmente que las diversas pautas de acción a que se ha hecho referencia pueden estar, y a menudo están, simultáneamente presentes en una sociedad determinada y dentro de un mismo sector social, como la juventud marginal urbana. Los esquemas de desarrollo no logran a veces afectar sino superficialmente las orientaciones de acción constituidas en contextos diversos, y prolongan su vigencia en los actores que les son característicos o que contribuyeron en el pasado a conformarlos. La acción social se mueve en un complejo marco de significaciones, entre las cuales las que son expresamente promovidas por un determinado ordenamiento social no constituyen a menudo sino la parte del iceberg que aflora a la superficie.

Por esta razón, los conceptos expuestos deben considerarse simples orientaciones metodológicas, cuyo valor debe reexaminarse en cada caso evaluando su relación con los datos existentes. En todo caso, y puesto que se proponen como claves para interpretar conductas, orientaciones y actitudes de la juventud popular urbana en el marco de la evolución reciente del desarrollo latinoamericano, parece necesario detenerse brevemente en cada uno de ellos con el fin de descomponer sus elementos analíticos.

### III

## Integración

El concepto de integración es uno de los más utilizados —y más debatidos— de la sociología moderna. En un nivel teórico expresa, por una parte, el equilibrio funcional de un sistema social (consistencia cultural y normativa de los sistemas de roles y funciones), y por otra, la correspondencia entre las expectativas institucionalizadas de rol y las estructuras de motivaciones individuales, vale decir, la internalización adecuada de las pautas de conducta socialmente establecidas. Las situaciones de desintegración o de anomia provienen de desajustes estructurales (anomia objetiva), o de una internalización defectuosa de las normas y valores predominantes (anomia subjetiva).

Los conceptos de integración y anomia se basan en un supuesto: la consideración de las sociedades modernas como sistemas funcionalmente diferenciados y autorregulados. Por una parte, se trata de sistemas complejos que admiten una gran diversificación de roles (por extensión y desarrollo de la división social del trabajo) y una gran individualización (por extensión de la esfera de la acción electiva). En este sentido rebasan los límites de la comunidad usualmente llamada tradicional, cuyo nexo se funda en relaciones primarias (por oposición a relaciones funcionales) y en la adhesión uniforme o adscriptiva de los individuos a los valores y normas del grupo.

Los mecanismos de integración en sistemas muy diferenciados (llamados modernos) son diferentes del nexo que predomina en la comunidad. Se trata de mecanismos formales vinculados que tienden al cumplimiento de determinados fines en una estructura social dada; por ejemplo, la integración entre individuo y sociedad por medio de la adecuación motivacional a las expectativas institucionalizadas del rol social. El equilibrio entre normas y motivaciones se consigue “espontáneamente”. Las normas definen orientaciones de acción y al mismo tiempo las sanciones correspondientes. Los individuos racionalmente orientados a la obtención de gratificaciones se conducirán con arreglo a aquellas normas y evitarán con ello la sanción. Es el mismo princi-

pio subyacente en la conducta de los individuos en el mercado: obtener un máximo de beneficios. El desenvolvimiento de una racionalidad puramente formal conduce en un caso al equilibrio macroeconómico, en otros a la integración social. Desde luego, tanto el equilibrio como la integración son conceptos límites sin verificación empírica, como se ha establecido y recalado muchas veces. Interesa, sin embargo, retener el siguiente problema: este principio de integración, sistémico o de mercado, resultado de la racionalidad formal, constituye un mecanismo de integración distinto al de la comunidad, por cuanto no requiere de un valor que legitime y oriente la acción de los individuos ni que organice su adhesión al sistema. En efecto, se trata de un mecanismo *formal* de integración que se fundamenta solamente en el comportamiento “racionalmente” orientado de los individuos hacia su propio beneficio, y no exige más que dicho comportamiento. Se trata de la célebre distinción weberiana entre la acción con arreglo a valores (comunidad) y la acción racional con arreglo a fines (sociedad), o —en el esquema parsoniano— entre acción tradicional y moderna.

Esta última distinción se ha aplicado profusamente en la sociología latinoamericana, que define nuestro estadio de desarrollo como una situación de transición entre una sociedad tradicional que se desmorona y una moderna que se esfuerza por construirse. En efecto, se supone que la modernización es sinónimo de progreso y libertad: por un lado, diversificación y creciente complejidad del sistema social (masificación, urbanización, industrialización); por otro, ruptura con los modos adscriptivos de vida (servidumbre, etc.), y emancipación humana. En este esquema, la comunidad tradicional se ha dislocado. La modernidad exige un principio de integración completamente distinto, no fundado ya en relaciones primarias ni en valores exteriores al sistema (del tipo del absolutismo religioso, el liderazgo carismático, etc.). La modernidad supone una tendencia natural hacia la secularización de los valores y la extensión de una lógica de “racionalidades

*formales*". Un concepto que reúne claramente estos dos términos es el concepto de *movilidad*. A través de ella, la ecuación entre mayores gratificaciones y adecuación normativa se realiza en toda su amplitud. Es por ello que el estudio sobre conductas integradas remite casi siempre a investigaciones sobre movilidad social.

Las condiciones de la movilidad son dobles: a) suponen la existencia de individuos racionalmente orientados hacia obtener mayores beneficios, es decir, individuos que han internalizado convenientemente las normas y pautas "modernas" de acción social; b) suponen también una estructura social capaz de brindar oportunidades de movilidad (gratificación) a todos aquellos que cuentan con los méritos y capacidad suficientes. El concepto de integración abarca, pues, estos dos aspectos: la existencia de una estructura de oportunidades relativamente abierta y de individuos culturalmente movilizados en la demanda de beneficios. De allí que el concepto de movilidad se tenga como neutro en relación con los valores: no presupone ningún valor prefijado ni impone creencia alguna en la "bondad" de determinados fines o medios; supone más bien una extendida valoración de determinados fines, un rango relativamente elevado de libertad de elección y una cierta eficacia de los medios institucionales disponibles para alcanzarlos. Naturalmente estas condiciones se cumplen en muy distintos grados en el marco de diversas estructuras sociales; además, las disposiciones hacia la movilidad varían grandemente entre unos y otros agregados sociales.

Los estudios sobre movilidad distinguen precisamente entre la movilidad estructural y la subjetiva. En un caso se trata de determinar el alcance cuantitativo y las características de los procesos de movilidad en una estructura dada; en otro, las disposiciones hacia la movilidad manifestadas por los actores sociales. Esta última clase de estudios fue singularmente importante en la década de los sesenta, cuando se trataba de estimar la magnitud y el grado de integración cultural que manifestaban los migrantes con respecto a la sociedad urbana moderna, concretamente a través del método de encuestas. Las disposiciones hacia la movilidad servían como un índice de secularización. Un estudio importante en este sentido es el de Gurrieri (1971) sobre jóvenes marginales en el Gran Santiago, cuyas

mediciones básicas se referían al nivel y características de sus aspiraciones, así como a los medios considerados legítimos y eficaces para lograrlas. Gurrieri lograba determinar, por un lado, un nivel de aspiraciones similar al padrón de la clase media urbana y, por otro, una especial fe en la educación (por sobre los medios tradicionales) como instrumento de ascenso social. Ambas características daban señales inequívocas de la fuerte movilización de una generación hacia las pautas modernas, en contraste con las conductas de apatía y fatalismo atribuidas al migrante tradicional.

Otra medición decisiva en este sentido —que se usa corrientemente— se refiere a la percepción subjetiva del sistema de estratificación social. Normalmente las percepciones dicotómicas (ricos-pobres, clase alta-clase baja) son índices de un sistema social cerrado que bloquea las oportunidades de ascenso; en cambio, las percepciones tricotómicas (clase alta-media-baja) expresan una sociedad abierta. En el estudio citado, Gurrieri encontraba justamente tales percepciones tricotómicas. Un tercer indicador que conviene destacar, por último, se refiere a las percepciones existentes acerca de las posibilidades de movilidad intergeneracional. Las referencias a un futuro mejor que el de los padres fue una señal unánime del optimismo histórico que preveía en la generación de los sesenta, como se desprende por ejemplo del estudio de E. Torres Rivas (1971) sobre la juventud salvadoreña. Entre los jóvenes chilenos actuales, en cambio, la percepción ha cambiado: el futuro se presume peor que el de los padres, lo cual expresa dramáticamente el quiebre de las expectativas de progreso y desarrollo que se forjaron, aun cuando estas expectativas han sido y continúan siendo promovidas por la sociedad.

La determinación de las oportunidades reales de movilidad y de las percepciones subjetivas que sobre ella existen es un tema básico, particularmente para los estudios sobre juventud. La movilidad es el principal componente de integración de las sociedades modernas: en ella se expresa la eficacia y extensión de la secularización de los valores y de la racionalidad formal.

El tema de la integración recoge además una nueva dimensión: la cultura de masas. La cultura de masas (especialmente la penetración de los



medios de comunicación modernos) ha sido vista como refuerzo de las motivaciones de movilidad individual a través del conocido "efecto de demostración". La imposición de determinados estilos de vida, la incitación al consumo, la presión por el éxito, promueven la búsqueda de movilidad según las pautas socialmente establecidas. También la cultura de masas es espectáculo, fiesta, recreación, vale decir, consumo. En cualquier caso, es importante destacar que la cultura de masas suele considerarse éticamente vacía. Ya sea como incentivo a la búsqueda de gratificación, o como gratificación en sí misma, suele ser un mecanismo que refuerza la integración en un orden *formal* de maximización de beneficios. La cultura de masas no antepone valores al predominio de la racionalidad formal, sino que la representa colectivamente. Esta escasa densidad ética de la cultura de los medios de comunicación es un factor que debe tomarse en cuenta. En efecto, a menudo se sobreestima su capacidad de producción de conductas conformistas, aparentemente integradas. No obstante, esta penetración siempre resulta débil y espuria cuando no va acompañada de oportunidades reales de movilidad social. Así lo confirma la rebelión de los jóvenes uruguayos o chilenos, expuestos durante años a una cultura casi exclusivamente comercial, cuyo impacto es fácilmente verificable. También sucede lo contrario: allí donde existen mayores expectativas de promoción social suele desarrollarse con más vigor una crítica a la cultura de masas, como ocurre comúnmente en los movimientos estudiantiles. Las relaciones, pues, entre la disposición individual hacia la movilidad y la integración dentro de una cultura de masas no son nece-

sariamente de correspondencia. Se suele cometer muchos errores identificando la una con la otra. Según parece, la disposición individual resulta decisiva en el estudio de conductas integradas.

Con todo, es importante evaluar el impacto efectivo de la cultura de masas en la formación de las actitudes y orientaciones de acción de la juventud, y sobre todo sus disposiciones hacia el conformismo o la integración por la vía de la movilidad social. Estos aspectos suelen investigarse mediante el estudio de la exposición a medios de comunicación, o de la magnitud y naturaleza del consumo cultural, así como de la asociación entre estos factores y los gustos, aspiraciones u objetos de identificación del entrevistado (estilos de vida deseados, personajes admirados, etc.).

Frecuentemente estos aspectos de la investigación se constituyen en datos cargados por sí mismos de capacidad heurística, mucho más allá del problema de su asociación o no asociación con los "modelos" propuestos por la cultura de masas. Así, por ejemplo, en materia de gustos musicales, la afición al "heavy rock", extendida en amplios segmentos de la juventud y el descarte —por ejemplo— de la afición al folklore o a la balada romántica, puede dar importantes claves interpretativas sobre el temperamento y las actitudes juveniles, aun si todas esas corrientes musicales son igualmente promovidas (o, alternativamente, omitidas) por los medios masivos de comunicación y la industria cultural. Más aún, precisamente debido al carácter "formal" de la cultura de masas, resulta irremplazable la investigación del contenido sustantivo de los gustos, aspiraciones u objetos de identificación.

## IV

### Anomia

Según se ha dicho, la anomia implica siempre algún nivel de desintegración, ya sea cultural o normativa. El concepto pretende caracterizar todas las situaciones sociales en que, por diversos motivos, no existe una adecuada conformidad entre los sujetos y las expectativas de rol que les

son asignadas en su función. Este "cortocircuito" proviene de inconsistencias o contradicciones en las pautas y estructuras de roles (anomia objetiva) o bien de una falta de correspondencia entre estas pautas y la estructura de motivaciones de los sujetos (anomia subjetiva).

Tal vez la formulación más conocida sobre la anomia sea la de Merton (1964), quien la define como la disociación entre las normas y objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquéllas. El origen fundamental de la anomia radica en el conflicto entre las metas culturales y la posibilidad de emplear medios institucionalizados para alcanzarlas. La tipología mertoniana sobre conductas anómicas se basa en las distintas combinaciones entre la aceptación y el rechazo por parte de los sujetos de las metas y de los medios socialmente aprobados. Así, por ejemplo, la "innovación" indica generalmente internalización de los objetivos culturales, pero utilización de medios no legítimos para alcanzar dichos fines (ella abarca usualmente la conducta delictiva). Las conductas de "retraimiento" o "apatía", en cambio, expresan una cierta indiferencia o desprecio tanto respecto de los fines como de los medios institucionalmente establecidos. La "rebelión" también expresa este rechazo global a los objetivos culturales de la sociedad, pero se distingue del retraimiento en que este rechazo se consagra en nombre de nuevos o diferentes valores. Por último, el "ritualismo" es el inverso de la innovación: implica apego a los medios pero indiferencia respecto de los objetivos (conducta clásicamente asociada al burócrata). La tipología mertoniana supone, pues, que toda sociedad institucionaliza ciertos valores (en este caso sin duda la búsqueda del éxito) junto con legitimar ciertos medios para alcanzarlos y sancionar otros. El desequilibrio fundamental se produce cuando las posibilidades de movilidad se reducen, o cuando hay excesiva presión por el éxito, y los individuos tienden a sobrepasar los medios institucionalmente aceptados. Para Merton, la variedad anómica principal es la innovación: la primacía absoluta de los valores del éxito en la sociedad norteamericana y la secuela de conductas desviadas que tal situación trae consigo. Merton escribe en el marco de una sociedad que ha establecido las pautas y orientaciones de valor de la modernidad; la sociedad norteamericana suele ser caracterizada, en efecto —con razón o sin ella— como una sociedad definitiva y homogéneamente secularizada.

En la sociología latinoamericana, en cambio, la anomia fue estudiada casi siempre en la variedad del retraimiento. Como se dijo, el interés

recaía en los procesos de transición y específicamente en las potencialidades de anomia social entre los migrantes de origen rural sin oportunidades de integrarse fácilmente en la sociedad urbana. Germani (1968) examinó detalladamente este proceso de transición del campo a la ciudad según el esquema de tránsito de estructuras tradicionales hacia estructuras modernas: a partir de un estado original de integración (tradicional) se produce ruptura, o desintegración y desplazamiento, de la estructura de roles y valores preexistentes. Las respuestas a este desplazamiento pueden ser dos: el retraimiento o la disponibilidad o movilización psicológica, para usar los términos de este autor. La movilización psicológica podría definirse como una propensión activa a restablecer el equilibrio entre el nivel psicosocial y otro (u otros) niveles normativo y ambiental; el retraimiento, en cambio, implica diversos grados de apatía o de resistencia frente a la nueva estructura de normas y valores. Como se dijo, el primer proceso (movilización psicológica) conduce a la integración; el segundo, a la anomia. El retraimiento anómico puede ser visto, a su vez, como apatía ("ausencia de participación" según la célebre definición de DESAL (1970) sobre la marginalidad urbana), o bien como restitución y predominio de los valores tradicionales. En esta última dirección se encaminan estudios como los del sociólogo belga C. Lalive (1968) sobre el pentecostalismo chileno. Según este autor, la comunidad pentecostal, que crece justamente en las zonas de frontera urbana (especialmente entre trabajadores no proletarizados, vale decir, migrantes que no han tenido acceso a la industria), constituye una recreación de la comunidad tradicional basada en relaciones primarias y valores religiosos compartidos. Lalive ha dado a su estudio sobre el pentecostalismo chileno el sugestivo título de "El Refugio de las Masas" indicando con ello un retraimiento respecto del mundo moderno producido por el desarraigo de masas a la vez migrantes y marginalizadas. Reiteremos, pues, que las situaciones anómicas fueron vistas en el marco de estos procesos de transición, es decir, del desmoronamiento de estructuras tradicionales y el acceso frustrado a la modernización. El estudio citado de Gurrieri sobre disposiciones hacia la movilidad social entre jóvenes marginales fue repetido varias veces (incluyendo varios trabajos del propio DESAL) entre migrantes adul-

tos, tratando de desentrañar precisamente la anomia potencial implícita en la marginalidad social.

El tema de la anomia, no obstante, ha vuelto a plantearse, en nuevos términos, en el curso de la última década. El desmembramiento de lo que podríamos llamar la cultura y las normas de una sociedad tradicional ha sido un proceso relativamente generalizado y establecido, y las dificultades de incorporación al mundo moderno subsisten y en muchos casos se han profundizado. La realidad del último decenio muestra la aparición de vastos y crecientes conglomerados de marginalidad no tradicional. Se trata sin duda, preferentemente, de la juventud urbana marginal, expuesta por un lado a intensos procesos de secularización (a través de la promoción escolar, la extensión y penetración de los medios de comunicación modernos y la propia experiencia de urbanización), y por otro, a una exclusión relativamente intensa y prolongada de los mecanismos de movilidad e integración (principalmente en el terreno del empleo, la vivienda y la participación social y política). Los efectos anómicos del tránsito, que antes se originaron en la desintegración de estructuras tradicionales, se han transformado aquí en los efectos anómicos de la crisis (por obra de un proceso de modernización fallido). La llamada frustración desarrollista se manifiesta en toda su amplitud, produciendo situaciones anómicas extraordinariamente intensas: muchos autores privilegian, en el último tiempo, el tema de la rebelión.

Retengamos algunos índices de anomia objetiva que se mencionan por doquier en los estudios actuales sobre juventud marginal: desintegración cultural de la familia popular (especialmente como resultado de la recomposición espuria de la familia extensa, la pérdida de las solidaridades internas y la decadencia del autoritarismo paterno); frustración de la movilidad por educación (escolarización ociosa); desindustrialización y marginalidad en el empleo (con predominio de los empleos informales y la ocupación por cuenta propia, que impide entre otras cosas la asociación de intereses); la exclusión política (que suele implicar eliminación del derecho a sufragio y variadas formas de represión). Todos estos índices, cual más cual menos, configuran un cuadro de desintegración normativa (atomización), exclusión respecto de la sociedad organi-

zada (y restablecimiento de una percepción dicotómica de la sociedad en torno al eje incluidos-excluidos), degradación o pérdida de confianza en las oportunidades de movilidad social e incertidumbre respecto del futuro (o "crisis de futuro", como se la ha denominado en varios trabajos sobre los jóvenes de hoy).

La crisis de la modernización produce, pues, un efecto anómico que puede definirse en el sentido más propiamente durkheimiano. En efecto, Durkheim usa el concepto de anomia en su sentido etimológico, como ausencia de normas y de orientaciones de valor, como alienación y divorcio del individuo respecto de la sociedad, que conduce en su versión límite a la pérdida del sentido de la vida (esto es, al suicidio). Desde luego, estos procesos de desintegración tienen una intensidad variable, pero expresan en muchos casos los estados de frustración, desconfianza, agresividad y atomización que caracterizan a muchos sectores de la juventud latinoamericana de nuestros días.

La anomia no puede ser definida, sin embargo, como concepto límite, vale decir, como suicidio. Hemos mencionado ya varias clases de conductas anómicas empíricamente registradas en los materiales de investigaciones recientes sobre jóvenes. Tales conductas abarcan el retraimiento y la apatía, la innovación (el delito en el sentido de Merton) y la revuelta, cuyas definiciones generales hemos enunciado más arriba. Conviene hacer notar la existencia de nuevas formas de retraimiento anómico distintas de la actitud tradicional de apatía y el fatalismo (conformismo pasivo). La generalización del uso de drogas entre la juventud marginal se ha clasificado últimamente como una conducta de este tipo. En efecto, según algunos autores, la farmacodependencia y el uso y abuso de drogas ha perdido el carácter de práctica comunitaria que tuvo en el pasado (asociada al movimiento hippie) para transformarse en una experiencia menos densa culturalmente y también menos colectiva. Las drogas recuperan su efecto estrictamente evasivo: refugio en el placer inmediato frente a las penurias de la vida. Son una forma particular de huir del mundo real, pero ya no en nombre de una ética distinta, como en el caso de los hippies, sino como reacción frente a la frustración individual. Se trata, pues, de una práctica que no alcan-

za consistencia comunitaria (alternatividad), pero que ciertamente está lejos de los imperativos del orden normativo (en la medida en que sustituye el esfuerzo individual por el placer).

Otros autores (p. ej. Valenzuela, 1984) han examinado también formas específicas de rebelión anómica, como la revuelta de los jóvenes chilenos contra el régimen militar de aquel país. Se sostiene que la rebelión es originalmente inorgánica y agresiva: expresión de los grupos desestructurados de la sociedad chilena (sobre todo de los jóvenes afectados por tasas de desempleo abierto, o empleo mínimo, que superan el 70% en las poblaciones marginales), cuya manifestación es la revuelta descontrolada. En algunos niveles, las protestas nacionales chilenas (que se extienden en los barrios periféricos con gran in-

tensidad represiva) hacen emerger una juventud débilmente organizada, que no reconoce liderazgos precisos en la oposición política y que se presenta, ante todo, como una fuerza de negación y asalto contra las instituciones sociales. A esto se le ha denominado rebelión anómica (o revuelta), lo que difiere de la acepción que da Merton al concepto de rebelión. En efecto, Merton incluye aquí la rebelión estructurada que se practica en nombre de una ética alternativa y que puede ser portadora de una normatividad muy rigurosa. Lo que caracteriza en cambio a la revuelta es su inorganicidad y agresividad, la ausencia de principios positivos de constitución y de referencia a proyectos sociales alternativos, en gran parte espejo de las agudas tensiones anómicas que atraviesan a la juventud marginal.

## V

### Alternatividad

Las conductas integrativas y las anómicas no abarcan todo el campo de la acción juvenil. Hemos reservado el término "alternatividad" para designar todas aquellas conductas que manifiestan cierto nivel de rechazo o resistencia organizada contra los modelos culturales establecidos. No nos estamos refiriendo aún al nivel de la organización corporativa o asociación de intereses (por ejemplo, la participación sindical o política), sino todavía al campo de las orientaciones de valor.

Al mencionar el marco analítico de las conductas de integración nos referimos al predominio y extensión de la racionalidad formal (y específicamente propusimos hacer hincapié en el estudio sobre la movilidad individual). En el examen de las conductas "alternativas", deben considerarse aquellas acciones que se realizan con arreglo a valores, que proponen sentidos que escapan a la lógica de la maximización de beneficios, y que adquieren, por esta misma razón, una dimensión colectiva y alternativa. En efecto, frente al dominio de la modernidad, que se presenta siempre como un orden formal de intercambios (mercado) y regulaciones (orden), los

grupos sociales anteponen y reclaman orientaciones de valor. Esto se produce desde la inclusión dentro de los procesos de modernización (la clásica crítica de los movimientos estudiantiles contra la cultura del éxito y la promoción individual) o desde la exclusión y la necesidad de restablecer sentidos de identificación colectiva: en ambos casos, se otorga a la acción conforme a valores un papel central. Un ejemplo paradigmático en estos años ha sido la defensa de los derechos humanos como reacción contra los imperativos puramente formales de mantenimiento y reproducción del Estado. Otro es la respuesta comunitaria frente a la extensión y desarrollo de relaciones de mercado. En un caso, al principio de la seguridad se anteponen los derechos del hombre; en el otro, ante la competencia y la lógica de los intercambios privados, se opta por la cooperación y el restablecimiento del sentido de comunidad y solidaridad. En ambos casos, se exige el reconocimiento de valores que están fuera de la lógica institucional, vale decir, de la operación puramente formal del poder y de los intercambios.

*Referencias Bibliográficas*

- DESAL (Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina) (1970): *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo*. O. Mercado, P. de la Puente y F. Uribe. Resultados de una encuesta en poblaciones marginales del Gran Santiago. Buenos Aires: DESAL-Troquel.
- Durkheim, Emile (1932): *De la division du travail social*. Paris: Félix Alcan.
- \_\_\_\_\_ (1967): *Le suicide*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Germani, Gino (1968): *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Gurrieri, Adolfo (1971): Situación y perspectivas de la juventud en una población urbana popular. *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. A. Gurrieri y otros. México D.F.: Editorial Siglo XXI.
- Lalive, Christian (1968): *El refugio de las masas. Estudio sociológico del pentecostalismo chileno*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Merton, Robert K. (1969): *Teoría y estructura sociales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Torres Rivas, Edelberto (1971): Familia y juventud en El Salvador. *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. A. Gurrieri y otros. México D.F.: Editorial Siglo XXI.
- Valenzuela, Eduardo (1984): *La rebelión de los jóvenes*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.